

Ludovico una tentativa para apoderarse de Huesca, pero no tuvo éxito.

En el mismo año 812 se sometieron los vilzos, cuando, probablemente por disposición del emperador, se vieron súbitamente atacados por dos lados, por el Sur y el Noroeste, es decir del lado de los sorabos, ya sometidos, y del lado de los abodritos, ambos pueblos eslavos, pero enemigos de los vilzos. Estos se sometieron sin resistencia; entregaron rehenes y las columnas francas regresaron a su país. De entonces data quizás la orden que Carlos pasó a su pariente el abad Fulrado (1), de San Quintín, mandándole presentarse en la asamblea general convocada para el 17 de junio en Stassfurt con su gente armada, debiéndola llevar abastecida y pertrechada, a fin de que no osara tocar a la propiedad de los súbditos, ni tomar mas que yerba para los caballos, leña y agua. Los pertrechos, conforme al decreto del año 811 que en su lugar hemos mencionado, consistían, para cada guerrero montado, en escudo, lanza, una espada larga y otra corta, arco y un carcaj con dos flechas. En uno ó mas carros cada grupo debía llevar hachas, picos, palas y otras herramientas, víveres por tres meses y vestuario para seis.

Sumando todas las pruebas de la actividad desplegada por Carlos en los años 810 hasta 813 y las ventajas obtenidas en Constantinopla, en Italia, en España, en el país eslavo y contra los daneses, se ve que no existía entonces la decadencia del poder franco que algunos han querido ver (entre ellos Ranke).

La última disposición gubernativa que los anales nos refieren de Carlos, además de la gran asamblea de los francos reunida en 813 en Aquisgran, y de la paz con los dinamarqueses, es la convocación de sínodos provinciales, según ya dijimos antes al hablar del año 812. Así como en este año y para mejorar el estado de la Iglesia convocó estos sínodos en los obispados de Milan, Aquileya, Tréveris, Lyon y Sens, del mismo modo en 813 los convocó en el obispado de Maguncia, en el cual tomaron parte, como en otros, personas laicas, y en los de Reims, Tours, Chalons-sur-Saone y Arles. En las epidemias, en las malas cosechas é invasiones de pueblos paganos (de los mahometanos principalmente) y en otras plagas que turbaron los últimos años de su reinado, y contra las cuales era impotente, veía un castigo de Dios, que atribuía a la vida mundana del clero. Para aplacar á Dios ordenó también en esta como en otras ocasiones ayunos y rogativas. En 812 envió una circular á todos los metropolitanos, incluso los de Italia (Milan), exhortándolos, como ya dijimos, á instruir el pueblo respecto del bautismo, y se quejó de que la contestación del obispo Laidrado, de Lyon, plausible por lo demás, hablaba poco del bautismo y de la renuncia al demonio y á su culto (creencias y usos gentílicos germánicos). Laidrado se apresuró á remitir al emperador un trabajo especial sobre este su tema favorito (2). Las resoluciones de los últimos cinco sínodos provinciales fueron presentadas al emperador en la gran asamblea de francos de Aquisgran. Respecto de ellas dicen los *Anales* de Lorsch (*Laurissa*): «El que las quiera ver las encontrará en las cinco ciudades nombradas, y se conservan, además, copias de ellas en el archivo de palacio.» Esta prueba de la solicitud por la Iglesia, de la confirmación solemne en asamblea general de las resoluciones sinodales y del buen orden en la conservación de los documentos, cierra dignamente las noticias que tenemos del reinado de Carlomagno, que habiendo dispuesto del mejor modo que supo en la asamblea del mes

(1) Era hijo de un hijo ilegítimo de Carlos Martel, llamado Jerónimo. *Carol.*, 31-39. — Jaffé, IV, págs. 401-415.

(2) Cap. 1 c. I, 1, 246-248. Epist.

de setiembre todo lo relativo a la Iglesia, al imperio y a su casa y familia, esperó tranquilo su fin (3).

Después de haber partido Ludovico para la Aquitania se dedicó Carlos a la caza no lejos de Aquisgran, a donde regresó a principios del mes de noviembre (4); por manera que no es verdad, como dice el autor de la *Vida de Ludovico* (c. 7, *Scr.*, II, 592), que Carlos desde la despedida de su hijo pasara todo el tiempo rezando, dando limosnas y ordenando manuscritos. Lo único cierto es que el día antes de su muerte presenció la rectificación de los textos de los Evangelios, que hicieron sabios griegos y sirios.

En 21 de enero, después de haber tomado un baño, le acometió una fiebre que pensó curar como otras veces con un ayuno riguroso; pero fué inútil, la debilidad y la pleuresía se añadieron a la calentura. El séptimo día, 27 de enero, estando postrado en el lecho, mandó llamar a su capellan de palacio, Hildibaldo, arzobispo de Colonia, que le dió la comunión en ambas formas. Durante el día y la noche se sintió debilísimo, y a la madrugada de la mañana siguiente, 21 de enero, extendió la mano derecha y haciendo un gran esfuerzo se persignó la frente, el pecho y todo el cuerpo; después juntó las piernas, extendió los brazos y manos sobre su cuerpo, y cantó con voz débil y apagada el versículo: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu;» y un instante después expiró. Murió a los 71 años de su vida y a los cuarenta y cinco de reinado (5).

Su muerte fué tal, que ningún poeta ni pintor podrían componer mas correcta y artísticamente la de un grande hombre. Carlomagno fué un cristiano piadoso a su manera, aunque no en el sentido de Cristo, al cual habia servido en su concepto fielmente con su espada ensangrentada y su cetro robusto.

Su cadáver fué lavado y vestido, y sepultado en la iglesia de Santa María de Aquisgran, después de alguna vacilación. Nadie sabia que en vida hubiese dispuesto nada respecto de su sepultura, y todos creyeron que en ninguna parte estaria mejor que en la iglesia que él mismo habia hecho construir; pero la verdad es que Carlos habia expresado en un documento del 13 de enero de 769 (cuarenta y cinco años antes de su muerte), que deseaba que en su día fuesen depositados sus restos mortales al lado de los de su padre en la iglesia de San Dionisio. La sepultura se verificó el mismo día de su muerte y después se puso allí, en un arco dorado, su retrato y una inscripción latina que decía: «Debajo de esta losa (*conditorium*) yace el cuerpo de Carlos, el gran emperador fidelísimo, que ensanchó gloriosamente el imperio de los francos y lo gobernó con felicidad cuarenta y seis años. Murió septuagenario el 21 de enero de 814.»

Todavía se enseña en Aquisgran el sarcófago de mármol que en relieve representa el rapto de Proserpina, y en el cual

(3) Boretius, *Leg.*, II, 176, se inclina á creer que entonces publicó Carlos también la llamada *Lex Francorum Chamavorum* (Recopilación de los usos de los francos chamaves), que empieza así: *De causis ecclesie et de illis servis Dei qui ibidem deserviunt*. Según la Crónica de Moissiac, se publicó en la citada asamblea el decreto: *Capitulare de causis que erant necessarie ecclesie Dei et christiano populo*. De otro decreto sobre el régimen interior del palacio (*Capitulare de disciplina palatii*), solo consta que fué publicado antes del año 814, como es natural. El orden y régimen en el palacio de Carlos eran pésimos, lo que hace suponer con fundamento que todo lo grande y bueno que hizo en su reinado le fué inspirado por consejeros inteligentes y no menos pacientes. De la limpieza que hizo su hijo Ludovico después de la muerte de Carlos, se infiere que en aquella corte los rufianes y las rameras eran muchos, así como la gente desconocida, criminales, prófugos, etc.

Acerca de otros edictos que tratan de diferentes cosas ya eclesiásticas, ya gubernativas, tampoco es posible designar el año de su publicación.

(4) *Einhard.*: *Vita Caroli*, c. 30, 1.º de noviembre.

(5) *Einh.*: *Vita Caroli*. Tegano, *Vita Hludovici*.

se encontraron los restos de Carlos cuando la solemne proclamación del emperador Federico I en 1165. Considérase pura leyenda lo de Oton III, que dicen encontró en el año 1000 el cuerpo de Carlomagno sentado en un trono (1), vestido de emperador con la corona, el globo y la espada. Verdad es que las relaciones de Eginardo y de Tegano no excluyen la posibilidad de haber sido sepultado Carlos así, pero no se comprende su silencio si se hubiera empleado aquel modo desusado de sepultura.

Federico I, que al parecer habia tomado a Carlos por modelo, dió nueva y solemne sepultura a los restos del héroe, que fué canonizado en 1165 por el antipapa Pascual, y después reconoció toda la Iglesia esta canonización. Se le venera principalmente en Aquisgran, en la iglesia de Santa María, donde se conservan sus restos mortales en un relicario, juntamente con «la silla» del emperador.

Como sucede tratándose de grandes hombres, se recordaron hechos ocurridos antes de la muerte de Carlos, como presagios de su fin. Semejantes creencias eran corrientes entonces, como en tiempo de Gregorio de Tours. Eginardo las menciona imitando a Suetonio: El planeta arrojó su sombra sobre el sol; éste y la luna se oscurecían con frecuencia; se hundió la arcada entre el palacio y la iglesia de Santa María; el palacio de Carlos tembló varias veces; los techos de los aposentos ocupados por Carlos crujiéron; se quemó el puente sobre el Mein; sobre la iglesia de Santa María cayó un rayo que arrancó el globo dorado que coronaba su tejado é hizo desaparecer la palabra *princeps* de la inscripción pintada con ocre, que decía: *Karolus princeps*, y hasta la epizootia y la caída de Carlos de su caballo ocurridas en 810, cuatro años antes de su muerte, sirvieron después a Eginardo de presagios.

Véase ahora la descripción que este autor nos ha dejado de la persona de Carlos: «Era de constitución robusta é imponente; su estatura no era demasiado alta, tenia siete veces la medida de su pié; su cabeza era redonda, con ojos muy grandes y mirada viva; la nariz excedía un poco la medida usual, y la expresión de su cara era alegre. Por esto era dignísimo é imponente su aspecto, tanto de pié como sentado. Su cuello era corto y grueso, su vientre prominente; pero estos defectos desaparecían ante las buenas proporciones de los demás miembros. Su paso era firme y toda su presencia varonil; su voz era clara, pero no tan fuerte como hacia suponer su estatura. Su salud era robusta, pero en los últimos cuatro años padecía con frecuencia fiebre, y en el último tiempo cojeaba de un pié. Aun entonces en su régimen de vida obedecía mas á su capricho que á los consejos de los médicos. Estos le eran antipáticos, porque gustándole las viandas asadas, le recomendaban dejar los asados y comer solo viandas cocidas. La equitación, la caza y la natación eran sus ejercicios habituales, conforme la costumbre de su raza, pues difícilmente se encontrará un pueblo en el mundo que pueda medirse en estos ejercicios con los francos. A Carlos no ganaba nadie en ellos.

«Le gustaban las aguas termales, y por esto se construyó su palacio en Aquisgran, donde pasó los últimos años de su vida (2).

«Vestía al estilo franco. Llevaba sobre el cuerpo camisa y calzoncillos de lienzo, encima de éstos un jubon ó túnica con

(1) *Sollum* significa en la crónica de Thietmar de Merseburgo (*Chron.*, IV, 29, *Scr.*, III, 781), como en los escritos de Suetonio, *feretro ó ataúd*. Ademá, II, 9, *Scr.*, I, 201. *Chron. Novalic.*, II, 32, *Scr.*, III, 106.

(2) Invitó a bañarse con él á sus hijos, á los grandes y amigos, y hasta á sus hombres de armas y guardia de palacio, por manera que á veces se bañaban juntas mas de cien personas.

guarnición de seda, medias sin pié para proteger la pierna desde el tobillo hasta la rodilla, y además vendas que envolvían las piernas, y zapatos. En invierno abrigaba el pecho, hombros y espaldas con un juboncillo de piel de nutria ó de marta cebellina, y encima de todo llevaba un manto azul. Siempre ceñía espada con puño y la guarnición metálica del cinturón, de plata ú oro. Solo en las grandes festividades ó cuando recibía embajadores extranjeros llevaba una espada metida en una vaina guarnecida de piedras preciosas. No le gustaba el traje extranjero (romano), por precioso que fuese (3). En las grandes fiestas llevaba una vestimenta de tejido de oro, zapatos guarnecidos de piedras preciosas, el manto sujeto por delante con un broche de oro y en la cabeza una diadema también guarnecida de piedras preciosas. En los demás días su traje se distinguía poco del traje sencillo del pueblo. Sóbrio en la comida, lo era, todavía mas en la bebida, y la embriaguez era lo que mas le repugnaba en todos y mucho mas en las personas de su familia. No podia dominarse tanto en la comida y se quejaba con frecuencia de que los ayunos (mandados por la Iglesia) no le sentaban bien. En la comida principal diaria le presentaban cuatro platos, además del asado, que le ofrecían sus monteros clavado en el asador (4). El asado era su manjar favorito. Durante la comida escuchaba la lectura de un lector ó lo que decía un *acroama*, bufon ó juglar. La lectura era la historia, los hechos de los antiguos (de los griegos y romanos) y las obras de San Agustín, en particular la *Ciudad de Dios*.

Esta descripción, aunque breve, es de gran valor, porque contiene la clave de la inteligencia y del sistema teocrático de Carlos. Su idea del cargo de emperador era gobernar la cristiandad y velar por que cumplierse los mandamientos de Dios hasta constituir una comunidad de santos en la tierra. Su libro favorito era la *Ciudad de Dios*, el libro mas ingenioso á la par que el mas dañino de cuantos se han escrito. En él llevó San Agustín al último extremo el desprecio del mundo, del cual cree que al fin ha de ser señora absoluta la Iglesia cristiana cuando su doctrina sea la norma general; y si San Agustín tiene razón, la tienen también los papas Gregorio VII y Bonifacio VIII (5). Como en tiempo de Carlos ningún sabio podia ver lo irracional de las premisas sentadas por San Agustín, menos podían verlo los legos, y fácil es comprender el efecto que aquel misticismo ideal y aquel noble espiritualismo habian de producir en un espíritu abierto á todo lo grande é ideal como era el de Carlos, que aceptó con todo su entusiasmo el deber teocrático que le impuso, en su concepto, la dignidad imperial. Carlos fué el gran adalid de la ilusión exaltada de San Agustín, ilusión que tanta sangre ha hecho derramar.

Eginardo sigue diciendo: «Era tan poco bebedor, ya fuese de vino, ya de otra bebida, que por lo general no bebía en las comidas mas de tres veces. En verano después de la comida de mediodía solía tomar alguna fruta, acompañada de un trago; después, quitándose la túnica ó vestimenta de encima y los zapatos, se echaba á descansar dos ó tres horas. De noche solía despertarse cuatro ó cinco veces, y alguna vez hasta se levantaba. Mientras que se vestía, admitía á su presencia no solamente á sus amigos, sino hasta á litigantes, cuando el gobernador de palacio ó conde palatino le decía que se trataba de un caso en el cual solo el rey podia fa-

(3) Solo dos veces vistió en Roma, á instancias de las papas Adriano y Leon, la clámide, la túnica larga y zapatos romanos.

(4) Raras veces daba banquetes, excepto en las grandes festividades, pero entonces eran muchos los comensales.

(5) La doctrina y la moral cristiana son una cosa y otra la representación que pueda tener la Iglesia en épocas determinadas. De las primeras habló San Agustín. (*N. del T.*)



llar; entonces mandaba entrar á los litigantes, los oía y fallaba como si estuviese sentado en su tribunal. Hablaba con facilidad suma y sabia expresar sus pensamientos con la mayor claridad, y no contento con poseer su lengua materna, hizo grandes esfuerzos para aprender otras; hablaba el latin



Sarcófago de Carlomagno en la catedral de Aquisgran: escultura romana en mármol representando el rapto de Proserpina.

tan bien como el franco; el griego lo comprendía mejor que lo hablaba. Mucho afecto tenía á la lengua germánica, tanto que hizo escribir para conservar y transmitir á las generaciones futuras las canciones antiquísimas y populares (1) en que se celebran las guerras y grandes hechos de los antiguos reyes.» Ludovico Pio mandó quemar esta colección por el sabor gentilicio que tenía.

«Hasta empezó á componer una gramática de la lengua franca! y á los meses y á los doce vientos dió nombres francos

(1) Se entiende germánicas y en primer lugar las francas.

en lugar de los latinos usados hasta entonces. Era celoso protector de las letras y artes liberales.» Esta no es adulación cortesana sino en su acepción mas lata una gran verdad histórica, pues de la corte de Carlos recibió la literatura del Occidente un impulso como no registra su historia otro igual en los cuatro siglos anteriores y en los cuatro posteriores.

Tantas y tan variadas disposiciones, tanta actividad y habilidad para aprovechar el tiempo, con razon nos asombran. En los 46 años de su reinado tomó personalmente parte en 25 campañas; casi cada año recibió ó envió embajadas; reunió 29 asambleas de francos; decretó 112 leyes y disposiciones gubernativas; estuvo cinco veces en Roma ó en Italia, quince veces en Sajonia, una vez en Aquitania, otra en España, una en el país de los avars, y otra en el territorio eslavo. En todos los ramos de gobierno, justicia, guerra, administracion, dejó sentir su mano, y siendo sensualísimo y bajo este punto de vista muy pagano é indómito, tuvo cuatro esposas legítimas y muchas concubinas, de las cuales cinco ó seis se citan en los escritos de aquel tiempo.

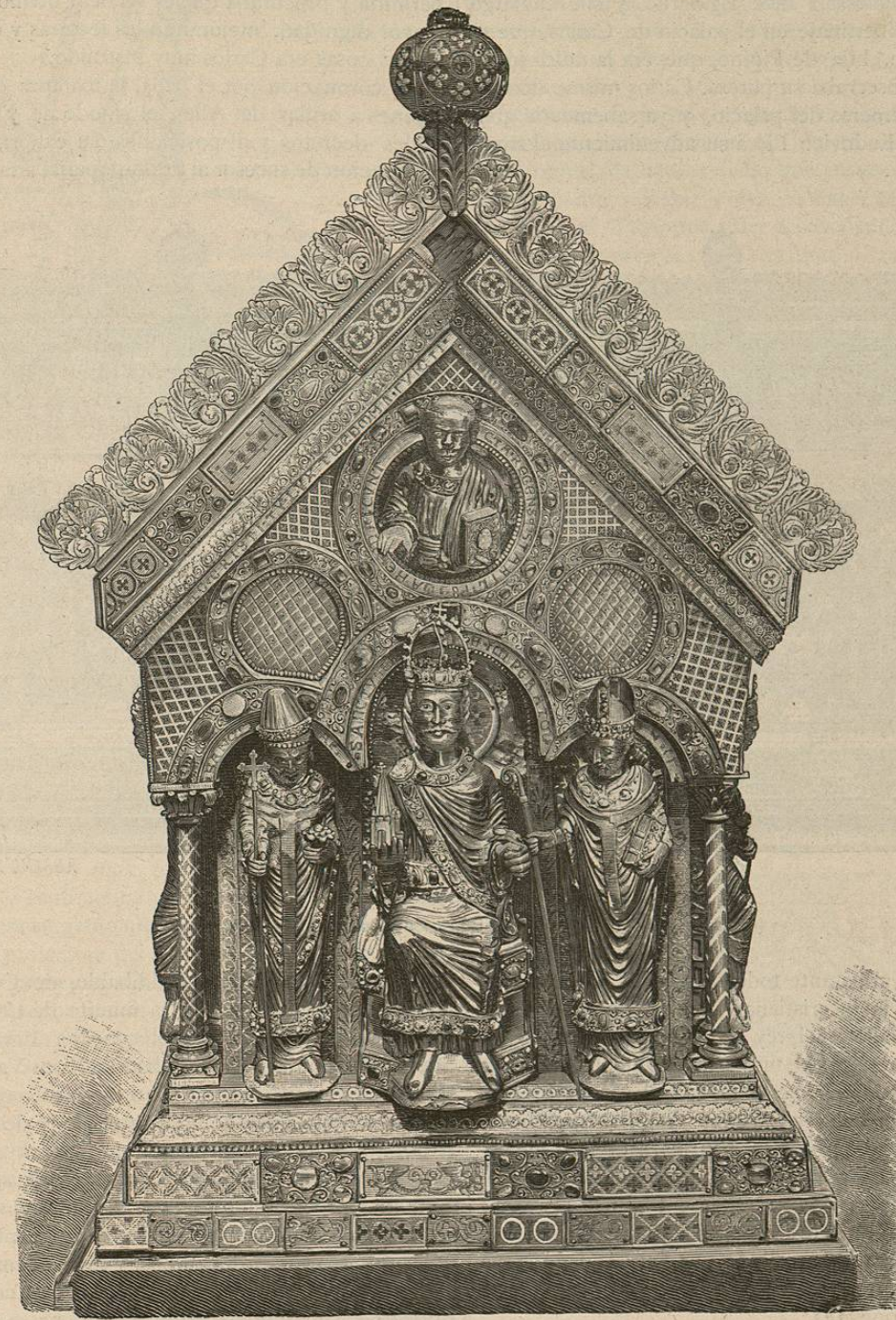
«Apreció y honró á los maestros en las ciencias y artes (en artes y letras); su maestro de gramática fué Pedro, el anciano diácono de Pisa, y en los otros ramos lo fué Alcuino, el diácono de la Bretaña sajona, varon eruditísimo y universal que le enseñaba retórica, dialéctica y hasta astronomía, en cuyo estudio empleó Carlos mucho tiempo y trabajo. Aprendió la aritmética y estudió con el mayor afán el curso de los astros. Hasta probó á escribir, á cuyo fin llevaba consigo y ponía debajo de su almohada laminillas para acostumbrar su mano en los ratos de ocio á pintar (trazar) letras, pero sacó poco resultado de sus esfuerzos tardíos. Empezó muchos edificios para adornar los lugares de su imperio y para comodidad y recreo, y muchos concluyó, como el puente de madera sobre el Rhin cerca de Maguncia, que media 500 pasos de longitud, y cuando quedó destruido por el fuego se propuso construir en su lugar otro de piedra, pero murió antes de emprender esta obra. Empezó la construcción de palacios hermosísimos junto al caserío de Ingelheim, y en Nimega á orillas del Wal, pero con particular empeño ordenó la restauración de iglesias desmoronadas á los obispos y abades respectivos, y se convenció por medio de enviados del cumplimiento de sus órdenes. Con gran solicitud proveyó á la manutención de los pobres, no solamente en sus dominios sino hasta en los del otro lado del mar, á cuyo fin solía enviar dinero á Siria, á Egipto y Africa (Jerusalén) y buscaba por lo mismo la amistad de los reyes de aquellas tierras. Innumerables regalos envió á los papas, y gastó sumas enormes en regalos que hizo á la iglesia de San Pedro en Roma, á la cual veneró mas que á otros santuarios. Mostraba mucho cariño y amistad á los extranjeros, á los cuales dispensó solícita hospitalidad, tanto que su número se hizo á veces molesto, no solamente á la corte sino á todo el imperio. Su índole le inclinaba á la amistad, que trababa fácilmente y que conservaba y cultivaba con gran constancia y fe.»

Halaga ver en Carlos, al través del revoque llamado cristiano y de la retórica afectada con que la Iglesia y sus hombres, en primera línea Alcuino, han cubierto la figura enérgica y grande de Carlos, al germano pagano, natural y humano en sus méritos como en sus defectos, su admirable afición á las antiguas canciones heroicas de los germanos y al idioma de su pueblo, su odio á los médicos porque le prohibían la carne asada, y su debilidad para con sus hijas, á pesar de sus excelentes principios de educación, porque su biógrafo continúa: «Hizo instruir á sus hijos, los varones y las hembras, en las artes y letras; y cuando la edad lo permitía debían ejercitarse, según la costumbre germánica, en la equitación, en la caza y en el manejo de todas las armas. Las

hembras debían hilar y manejar el huso y la rueca para que la ociosidad no las hiciera tontas y deshonestas. Tan grande era el cariño que profesaba á sus hijos, que hallándose en casa nunca comió sin ellos, y sin ellos no emprendió viaje alguno. Los hijos cabalgaban entonces á su lado, las hijas

seguián á alguna distancia y detrás de ellas una escolta de guerreros escogidos expresamente para este cargo.»

Sus hijas no le produjeron grandes alegrías á pesar de su educación, como ya hemos tenido ocasión de ver. Dice el biógrafo:



Parte lateral de la arquilla de Carlomagno en la catedral de Aquisgran: el emperador entre dos obispos

«A pesar de su gran hermosura, no se decidió nunca á casar á ninguna de ellas ni con algun extranjero ni con uno de sus francos (1). Las tuvo á todas en su casa hasta su muerte. Decía que no podía pasarse sin su compañía, y por esto sufrió por este lado la malicia del destino cuando en otras cosas la fortuna le favorecía.»

(1) Exceptuando Rotruda. Pura fábula es que Obelierio, el dux de Venecia, y Eardulfo, rey de Northumberland, fueran yernos de Carlos.

El biógrafo tiene la delicadeza de callar en qué consistía la malicia del destino. Lo que se sabe es que Rotruda tuvo un hijo del conde Rorico del Maine (2), y que Berta tuvo dos hijos del abad Angilberto de Saint-Richier. La leyenda habla de amores de Eginardo con Emma; las palabras del

(2) Lo que no impidió que Angilberto, el amante de su hermana, la llamara en un poema: «La virgen celebrada por sus buenas costumbres.» *Carm.*, 2, v. 44, pág. 361.